

ra y gloria de Dios.—Firma, Jesús Romero».

¡Vaya, vaya, con Don Jesús! Le rebose la satisfacción. Era natural. Y aquí está mucho más propiamente retratado que en lo que publicamos con su retrato, referido por la gente que le había tratado poco o nada, pero esa estimación de sí mismo le hizo realizar una gran labor al frente de su curato cuyo recuerdo perdura muy justamente y merece conservarse en los alcazares.

Un detalle que confirma esta apreciación que hacemos de su estado psicológico es que Don Jesús había firmado miles de actas de una forma natural y sencilla y a partir del 24 de abril de 1866 empezó a firmar con la *De de Don* delante, puesta como primera letra suelta al estampar su firma. Se sentía Don ante sí mismo. La dignidad Prioral había colmado sus aspiraciones. Reconozcamos que era muy humano, aunque a él, que aspiraba a lo divino, no le fuera bien, pero la presencia de aquellos hábitos de Caballeros en su toma de posesión le volvieron el juicio y no pudo evitar el traslucirlo al anotarlos por sí mismo, sin que nadie ni nada le obligara, aparte su sentir y precisamente en el libro de defunciones, lugar poco expuesto a la observación, como expansión íntima, reservada, como si la tuviera consigo mismo en su celda, pero no tan oculta que no se pudiera ver, porque su deseo verdadero al escribir la era precisamente que se supiera algún día y se conociera en su pueblo el galardón merecido. El, no enterró nada aquel día, al contrario, celebró su pascua de resurrección, ser Prior y serlo en su pueblo, con el beneplácito de los Caballeros, ¿quién lo podría pensar?

Pese a esta flaqueza, la formación de Don Jesús era de fraile y

lo que se entra bien sale con dificultad. Aunque se secularizara, el sayal del franciscano le acompañó siempre y más con la edad y de Prior y esa austeridad áspera de la regla y del hábito, fueron las que dieron valor a su vida y las que han hecho perdurable su recuerdo y respetable su memoria, el no tener, el darle al que pidiera, el enseñar al que no sabe, el poner la otra mejilla, el buscar a Dios en la renuncia, en el olvido, en la esperanza y en el bien hacer. Esas y no otras cualidades eminentes fueron las que le dieron relieve.

Puede que no todo fuera vanidad y que tuviera razón Don Jesús, porque al fin y desde el principio, era fraile y estuvo hecho a la humildad y a la admiración de los Caballeros. Aquella preponderancia que se viene observando del convento y del cementerio, lo de llamarse todos los religiosos Sanjuanistas o decir que eran del hábito de San Juan la existencia de la enfermería propia de San Francisco, que es orden mendicante pero no hospitalaria, siéndolo en cambio la de San Juan de Jerusalén, cuya misión indudablemente asumían, con detalles que permiten olfatear el espíritu reinante y que se corona con el espíritu caballeresco, que era para dejar perplejo a cualquiera del estado llano en la presencia del noble, cuyas cualidades habían sido discernidas con la más rígida severidad, menospreciando lo abyecto y enalteciendo la entrega a las causas egregias, sin reparar en riesgos, y esas cualidades subyugantes, capaces de deslumbrar al más sandío, de no ser un Cisneros o un San Francisco propiamente, que con los quilates de su alma le daban brillo hasta a los principios más enaltecidos, debieron ser las que inflaron el ánimo de Don Jesús al verse entre los Caballeros, cuyo hábito implicaba pureza de sangre, sin mez-